

de las fiestas religiosas en los pueblos de México, gravemente presididas por el clero católico, jamás diría uno que se encuentra en un país cristiano. Para los indios no son más que saturnales, durante las cuales dan amplio curso á sus pasiones. Cubiertos y coronados de flores, casi desnudos, desfigurados por medio de repugnantes disfraces, entregados á una terrible sobrecitacion, que tiene su origen, tanto en el fanatismo como en los licores fuertes, bailan al rededor de las estatuas de los santos, como el rey David delante del arca, al son de sus instrumentos discordantes. Hasta dentro del recinto de las iglesias, se contorsionan como energúmenos, queman ruedas de fuegos artificiales, lanzan cohetes, prorumpen en gritos roncós y salvajes y al fin del día todo esto degenera en una orgía completa, donde la promiscuidad de los dos sexos y las tinieblas producen una relajacion absoluta de todos los lazos de la familia. Tales eran, segun la juiciosa observacion de un viajero frances, las fiestas de sus antepasados en la época de la conquista, los *mitotes*, cuya descripcion ha sido conservada por los antiguos historiadores. Esta raza nada ha olvidado, porque nada se le ha enseñado: aun ante los nuevos dioses, cuyo sentido místico no alcanza á comprender por falta de una suficiente cultura intelectual, manifiesta todavía su adoracion por los dioses de sus antecesores.

En algunos pueblos indios se habia hecho costumbre, desde los tiempos de la dominacion española, escoger de entre los jóvenes á aquellos que revelan mayor talento, para enviarles á las grandes poblaciones con el objeto de darles una instruccion superior. Generalmente hacian allí progresos rápidos; pero despues de haber obtenido sus grados, muchos de ellos volvian con gusto á sus pueblos para vivir

allí como el resto de sus paisanos. Un día nos encontráramos cerca del pueblo de Amatlan, no lejos de Córdoba, ocupados en medir un terreno. Teniendo necesidad de un hombre para que nos sostuviera la cadena, nos dirigimos á un joven indio que estaba allí, recostado bajo la sombra de un tamarindo, y le ordenamos que nos acompañara. Obedeció sin hacer la menor objecion; pero de repente cogió nuestro teodolito y nos hizo observar que estaba descompuesto. Admirados de que un indio conociese un instrumento tan complicado como es un teodolito, entramos con él en conversacion, cesando por supuesto de tutearlo como lo habiamos hecho al principio, segun la costumbre del país, y descubrimos en él á un hombre de bastantes conocimientos, que habia hecho sus estudios en el colegio de San Gregorio en México, cuyo colegio de preferencia se hallaba destinado á los jóvenes de la raza indígena, y que allí habia obtenido el título de licenciado. Este joven habia preferido volver á su pueblo, en lugar de ejercer su profesion de abogado en una ciudad, y nada en su exterior denotaba en él la superioridad de su educacion. Voluntariamente se habia despojado, y sin experimentar el menor pesar, de la capa con que la civilizacion lo habia revestido, y no empleaba su instruccion sino para defender á su comunidad natal en los pleitos que tenia que sostener contra las haciendas vecinas y contra las exacciones de las autoridades.

Durante el sitio de Puebla en 1863, tuvimos que hacer con un indio, quien estaba empleado como correo entre la ciudad sitiada y el cuerpo de ejército del general Comonfort, y nos sorprendió tambien mucho encontrar en él á un abogado.

El viajero en México tiene frecuentes ocasiones de maldecir á la raza indígena.

Si se desvía de las grandes rutas, le es preciso buscar á veces largo tiempo ántes de encontrar una choza donde posar, porque á los indios, y sobre todo en la tierra caliente, les gusta ocultar sus habitaciones en el fondo de los montes y de las barrancas, huyendo lo más lejos que pueden del contacto de la civilizacion, la cual, para ellos, casi siempre se ha traducido en dominacion. Son poco curiosos, y se contentan con espiar detras de los árboles y de las rocas la marcha del blanco, quien tal vez será para ellos un nuevo enemigo. Cuando uno se dirige á ellos para pedirles hospitalidad, ó fingen no entender el castellano, ó encuentran todas las protestas imaginables para disuadirlos de que os detengais en su casa, mostrando, sin embargo, una política y una humildad exageradas. Si no haceis caso de sus protestas y les pedís algo para comer, su respuesta estereotípica es: *no hay nada*, acompañada á menudo de lamentaciones sobre su pobreza: como estas *respían*, y por el mismo temor de verse despojados, en boca de los judíos de la edad media. Será necesario decidirlos á buscar personalmente en el jardín, en la choza, en el gallinero, lo que necesitais para satisfacer vuestro apetito, y apoderaros por la fuerza de los alimentos que hayais descubierto. Entonces comenzará una nueva lucha para obtener que os los preparen, y de ella no saldréis vencedor sino tomando con los indios un tono de superioridad, é infundiéndoles respeto por medio de amenazas. La afabilidad la consideran como debilidad. Cuando les preguntais en seguida por el importe de vuestros gastos, os harán pagar generalmente muy cara su hospitalidad forzada, y como en todas las transacciones comerciales con el indio, notaréis suma desconfianza de su parte. Voltarán la moneda en sus manos,

la mirarán por todos lados, la sopesarán, la morderán, y no admitirán de ninguna manera las piezas en que no vean el sello, el milésimo y el cordón, de miedo de recibir una moneda *lisa*, como se llama aquella en que ha desaparecido toda señal de cuño, ó una recortada, ó, en fin, una falsa.

La tenacidad con que los indios están apegados á sus antiguas costumbres, es extraordinaria. Como se les ve en el día, tales eran en tiempo de Moctezuma.

El corte de sus vestidos en nada ha cambiado, reduciéndose siempre á las mismas tres piezas, fabricadas ó de algodón ó de lana. Sus alimentos se componen de los mismos manjares, y son condimentados de la misma manera. Sus utensilios de menaje han quedado en extremo sencillos; el metate de pórfido ó de granito para moler el maíz de que hacen sus tortillas; la vajilla de barro cocido, en algunas partes colorada con dibujos negros, como la de los antiguos etruscos, y compuesta, segun sus formas y sus usos, de ollas, de jarras barrigonas para guardar su provision de agua, y de cántaros, y el comal para cocer ligeramente las tortillas. Sus chozas en la tierra caliente son verdaderas jaulas de bambú; en la tierra templada ó fria se construyen de adobe y algunas veces de piedras groseramente amontonadas unas sobre otras. Hamacas y petates constituyen, con algunos pedazos de madera, todo el mueblaje interior; tres grandes piedras forman el fogón; los zarapes les sirven indistintamente de cobertores ó de capas, y algunas veces abrigan un verdadero hormiguero de ciertos bichos inmundos. La tierra se cultiva segun el método más primitivo que se pueda imaginar. Generalmente se contentan con echar la semilla, y la fertilidad de la tierra es tan maravillosa, que sin ningún cultivo produce co-

sechas abundantes. En algunas regiones se quema el monte y se hacen siembras de maíz en medio de los troncos carbonizados. Es raro, sin embargo, que el indio se tome el trabajo de sembrar más de lo que juzgue indispensable para sus necesidades del año. En 1854, una inundación del río de San Juan, cerca de la villa de Tlacotalpam, destruyó una parte de las cosechas de maíz, y la escasez fué tan grande, que algunas personas de la raza indígena murieron de hambre. Un rico hacendado convocó entonces á sus indios para ofrecerles *gratis* tanto terreno, cuanto quisieran, con la condición de que lo desmontaran, y además la cantidad correspondiente de maíz para sembrarlo, cuya cantidad deberían devolverle, sin aumento ninguno, hasta después de la primera cosecha, y se sabe que el maíz produce de 300 hasta 700 granos por uno, en los años buenos, y 60 en los malos. Nosotros asistimos á esta reunión. Pues bien, en lugar de ver á los indios expresar su reconocimiento por una oferta tan ventajosa, solo pudimos descubrir en derredor nuestro, caras largas, manifestando el mayor descontento. Después de haberse concertado entre sí durante algunos minutos, el más anciano tomó la palabra á nombre de todos para suplicar muy humildemente al propietario, que llevara aún más lejos su generosidad. ¡Oh que no! para suplicarle que no les diera nada absolutamente.

En vano este les recordó la miseria que habían sufrido á causa de la última escasez; en vano les enumeró las víctimas que habían muerto de hambre; en vano les suplicó que no rechazaran sus ofertas por su propio interés y por el de sus mugeres é hijos; nada pudo vencer su obstinada negativa. Será mejor el año próximo venidero, dijeron, y si no, moriremos porqué

así Dios lo habrá querido. Semejantes ejemplos de apatía y de pereza se encuentran todos los días entre los indios de México: según esto, se puede formar una idea de la dificultad que hay de utilizar este elemento para el progreso del país.

La población de la península de Yucatán era en 1846 de cerca de 600,000 almas; doce años después la guerra contra los indios sublevados (indios bravos), y la viruela la habían reducido poco más ó menos á la mitad. Para evitar que volviera á hacer estragos esta última plaga, se tomó la medida de decretar que se vacunasen todos los indios; pero hasta hoy no se ha conseguido hacerlos aceptar la vacuna. Consideran, ignoramos en virtud de qué antigua superstición, las señales de la viruela como signos por los cuales la virgen María reconoce á los hombres que quiere dejar entrar al cielo después de su muerte, y ha habido allí casos en que los indios han cortado á sus hijos vacunados el pedazo de carne donde el *pat* había sido inoculado.

A pesar de la aversión que tiene el indio á toda mejora que le venga de parte de los blancos, sin embargo, reconoce intuitivamente su superioridad; y su humildad frente á ellos es tanto más grande y más sincera, cuanto que representan un tipo distinto del suyo. Así como el negro se somete con mayor repugnancia á la autoridad de un mayordomo mulato que á la de un blanco, lo mismo el indio obedece tal vez con mayor gusto á un *guero* que á un mestizo.

Hemos presenciado una lucha entre soldaderas de dos cuerpos diferentes, en que comenzaron por injuriarse mutuamente, y terminaron por arrancarse los cabellos, cuya lucha había tenido por origen una disputa sobre cuál de los dos *gefes* de

aquellos cuerpos era el más *guapo*, y sobre todo, el más blanco.

Hará cosa de veinte años, en el istmo de Tehuantepec existía una costumbre singular, que probablemente tiene su explicación en ese sentimiento de inferioridad de raza de que acabamos de hablar, y porque comprendían intuitivamente la necesidad de mejorarla por medio del cruzamiento con la raza blanca. Cuando un extranjero llegaba á uno de los pueblos zapotecos del istmo, el alcalde iba al instante á ponerse á su disposición para ofrecerle hospitalidad y para suplicarle escogiera entre las hermosuras del lugar, á aquella á quien se dignara conceder el honor de participar su lecho.

Aquel halagüeño ofrecimiento nada tenía de desagradable para el viajero, porque las tehuantepecanas son casi todas excesivamente bonitas, y más que bonitas, bellas. Nosotros hemos visto allí á más de una que realizaba completamente el ideal de la hermosura antigua, por la perfecta armonía de sus formas, y que merecía, sin la menor exajeración, los poéticos epítetos de Vénus fundida en bronce por el Amor, y de una Galatea morena, animada para un Pygmalion blanco. Rebotan de vida; todos sus movimientos tienen una gracia y una voluptuosidad irresistibles; los discos de sus negros ojos lanzan relámpagos; una sonrisa provocativa descubre sin cesar las perlas de su boca, y su traje, sumamente mitológico y de grande coquetería, aumenta sus encantos naturales. ¿Y esta hermosura que se encuentra entre las tehuantepecanas, no será por ventura en parte, consecuencia de esa extraña manera de practicar la hospitalidad? Por lo menos sabemos que ha sido rehusada á un viajero muy trigueño y muy feo, y brindada con empeño á su compañero, que era blanco, rubio y buen mozo.

Los diferentes hechos que hemos citado, y cuyo número podríamos aumentar fácilmente, bastarán para probar que los indios, en su estado actual, son un grande obstáculo para que México marche con rapidez en la vía del progreso y de la civilización. Es, pues, necesario remover este obstáculo, que ha llegado á ser de tanto peso, porque nadie se ha ocupado jamás de él seriamente, ni durante la dominación española, ni después de la independencia del país. Es imposible, y sobre todo contrario á las ideas humanitarias de nuestro siglo, aplicar á los indios de México el sistema de exterminio gradual puesto en práctica por los norteamericanos contra los *pieles-rojas* de su territorio. Todo el mundo anatematiza los sangrientos esfuerzos que ha hecho la Rusia para destruir las nacionalidades polaca y circasiana: nadie podría, pues, concebir el bárbaro proyecto de querer extirpar á cinco millones de indios. Se protesta con generosa vehemencia contra la pena de muerte, aplicada á un solo individuo, aunque este por sus crímenes se haya hecho indigno de vivir en la sociedad: ¿quién osaría, pues, pronunciar la pena de muerte contra una raza entera? Es, pues, indispensable tomar en consideración á estas cinco octavas artes de la población mexicana, tratando de transformar las cualidades negativas del indio en virtudes sociales, y de vencer su apatía y su principio de abstención. Es necesario buscar palancas con que levantar y poner en movimiento esa masa inerte, y no permitir por más tiempo al indio que permanezca con los brazos cruzados en la ribera de la corriente de la civilización. Debemos arrojarle en medio de esa corriente, para que lo arrastre hácia su mejoramiento. Es preciso cambiar esos entes sociales en miembros útiles, productivos y progresivos de la sociedad; es una

palabra, es necesario regenerar la raza indígena. He ahí una de las cuestiones sobre la cual reposa el porvenir de México. Esta cuestión, grávida tal vez de una guerra de castas, se pone formidable como una esfin-

ge delante de cada nuevo gobierno del país, intimándole á que la resuelva. Nadie todavía ha sabido hacerlo. ¿Hasta cuándo tendrá que esperar á su Edipo?

CÁRLOS DE GAGERN.

FORTIFICACIONES ANTIGUAS.

(ESTADO DE VERACRUZ.)

En la falda oriental de la cordillera elevada, volcánica, desde el pico de Orizava hasta el cofre de Perote, y en la elevación media de dos á cinco mil piés de altura sobre el nivel del golfo, existen vestigios innumerables de una población indígena muy numerosa ántes de la conquista. La historia nada nos relata de esta parte del país distinguida por su abundancia de agua, su feracidad y su clima suave y sano. Hernán Cortés hizo su entrada un algo mas al Norte, siguiendo el valle del rio de San Carlos, habitado en aquel tiempo como aun hoy, por indígenas de la tribu totonaca. La mesa central mas cultivada y de un clima mas análogo al de las Castillas, llamó en primera línea la atención de los conquistadores, despues de haber quedado dueños del reino del Anáhuac, y pasaron años hasta que la avaricia registró los terrenos al Oriente de la cordillera. Los escritores de aquella época no mencionan á Huatusco, población entónces de alguna importancia, segun el área que ocupó, bien señalada por líneas de árboles, teocallis, &c.

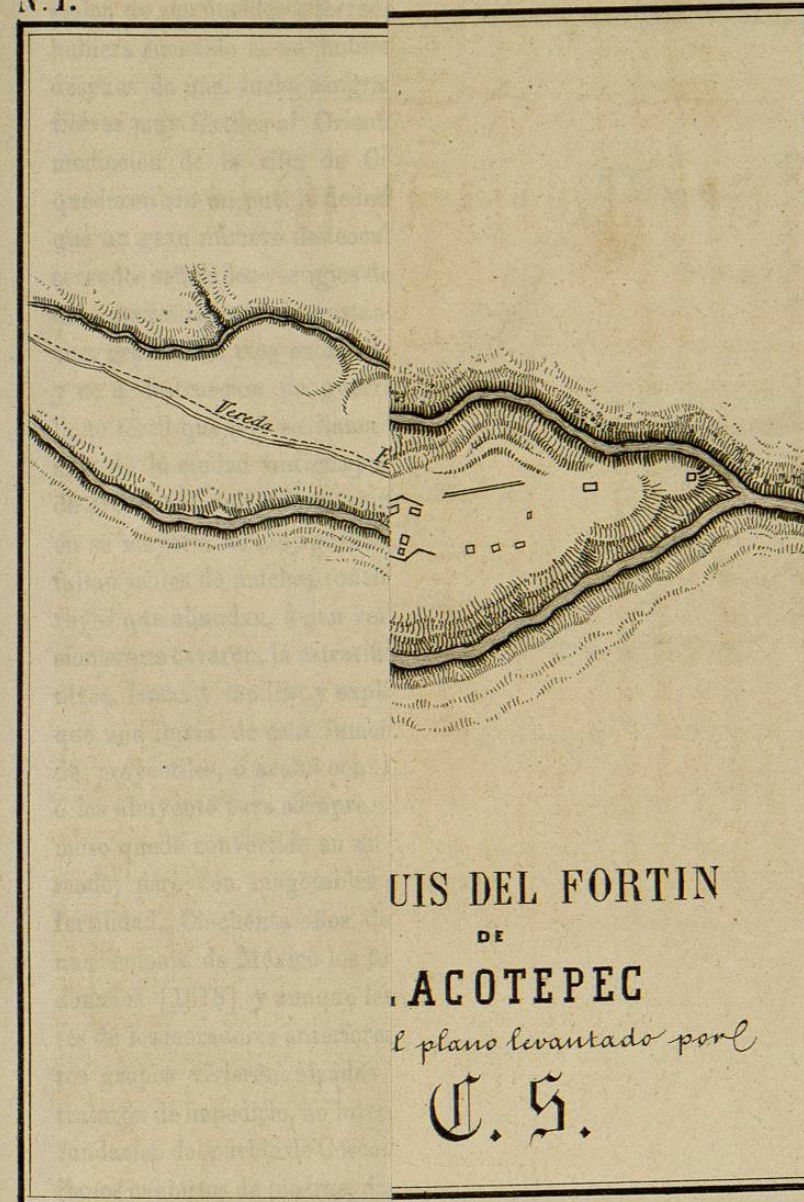
Debe suponerse que los indios de este rumbo, pertenecientes todos á la tribu az-

teca, se sujetaron voluntariamente á los españoles porque ellos los dejaron en posesion de sus terrenos, y en documentos de la segunda mitad del siglo XVI se menciona la república de indígenas de Huatusco, que tenia su gobernador indio.

La situación amena y sana del lugar, fué la causa que muchos españoles se radicaran en él, y que se erigiera alcaldía mayor. Segun un documento de posesion, dado por el virey Luis Velasco á un soldado conquistador del año 1570, pasó el camino principal de la *villa de la Santa Veracruz* [antigua] por Huatusco al *pueblo de Orizava*, y el tráfico de mercancías se hizo con carretas hasta dos y media leguas al Norte de Huatusco, á la orilla de una barranquilla llamada Agua Santa.¹

¹ El camino mencionado se habia cubierto de vegetación y olvidado enteramente. El año 1831 compré unos sitios de ganado mayor, y encontré las huellas en una longitud de tres leguas. Abandonado desde dos siglos, cubrió un bosque grueso el carril, que hace ver la frecuencia del tránsito. Por estar muy bien dispuesto en límite de agua, se abrió y le cegué hasta la Antigua. Hasta hoy se conserva el nombre de Paso de Carretas, abajo de Paso de Ovejas, vado del rio. En el dia es camino carretero hasta Paso de Ovejas.

Nº1.



UIS DEL FORTIN

DE

ACOTEPEC

el plano levantado por

C. S.

Litog de H. Friate